

# "Un hogar sólido": In Memoriam de Elena Garro

Guillermo Schmidhuber

Luchaba entre varias memorias y la memoria  
de lo sucedido era la única irreal para él.

Elena Garro  
*Recuerdos del porvenir*

La muerte es aprender a hacer todas las cosas.

Elena Garro  
*La señora en su balcón*

*Guillermo Schmidhuber de la Mora.* Nacido en México, D.F., en 1943, es autor y crítico. Su bibliografía abarca más de setenta títulos publicados en Alemania, Holanda, España, Estados Unidos, Argentina, Chile, Venezuela, Colombia y México. Algunas de las distinciones que ha recibido son: la Medalla Nezahualcóyotl de la Sociedad de Escritores de México (SO-GEM, 1978), por *La catedral humana*, y el Premio Nacional de Bellas Artes de Literatura, género teatro, y el Premio López Velarde del Gobierno de Zacatecas, por *Los herederos de Segismundo* (1980); además, su pieza *Por las tierras de Colón* mereció el Premio Letras de Oro de la Universidad de Miami, máxima preseña para escritores hispanos otorgada en Estados Unidos (1987).

Tres son las líneas dramáticas de la obra de Schmidhuber. El teatro mexicanista con obras sobre el problema educativo y social de su país, como *Cuarteto de mi gentedad* y *Nuestro*

## DRAMATIS PERSONAE

ELENA GARRO, ESCRITORA, AL FINAL DE SU VIDA  
EL PASAJERO SILENTE

## ESPACIO:

UNA ANTIGUA ESTACIÓN DE TREN

## TIEMPO:

UNOS MINUTOS DEL 31 DE MARZO DE 1998

*Oscuro inicial. Se escuchan unos compases de Lacrymosa, de la solemne Grande Messe des Morts Requiem Opus 5, de Héctor Berlioz. El sonido se entrecruza con los ruidos de un tren que cruza transversalmente el escenario, de la derecha del público a la izquierda. La estridencia del ruido opaca la armonía concertante. Al final sólo se escucha el tren que se pierde. La luz del escenario nace e ilumina una banca en una antigua estación de tren. Una mujer —Elena— está sentada en un extremo. Viste una bata vieja y unas pantuflas muy pisadas. Sus rasgos finos apuntan a una juventud bella. A sus pies hay un gran baúl y en el extremo derecho de la banca, un carrito de bebé antiguo. La luz destaca otra banca colocada al respaldo de la primera, recostado en ella*



*descansa un hombre de mediana edad. Viste con elegancia y lleva sombrero. La anciana se dirige al hombre desde su lugar de asiento.*

ELENA

¡Oiga, señor! ¡Señor! Perdone que lo despierte de su ensoñación pero han pasado cuatro trenes y en ninguno ha abordado. ¡Claro, usted dirá que yo tampoco!

*El Pasajero despierta y, con gran somnolencia, estira sus brazos. La anciana habla con las vocales cerradas como queriendo contener cualquier emoción.*

¿No le molesta que le hable? *(No hay respuesta.)* Le confesaré que yo no espero ningún tren... o mejor dicho, no hay ningún tren que me lleve a mi destino. La verdad es que me gusta ver partir trenes, ¿a usted no? *(El pasajero niega.)* ¡Perdón si lo incomodo! Hemos compartido un par de horas este espacio, yo mirando los trenes que parten y usted mirando los trenes que llegan. Hasta que usted se durmió... Le voy a dar una prueba de mi amor a los andenes. Soy escritora, sabe, y en una de mis obras de teatro situé el segundo acto en una estación de trenes como ésta. *Parada Empresa*.<sup>4</sup> *(El hombre la mira con curiosidad.)* Así se titula, *Parada Empresa*. Allí el protagonista ve a varios personajes que están como usted y yo, sin subirse a ningún tren, y descubre que son fantasmas de los suicidas que quedan eternamente vagando en el lugar de su muerte. *(Se oye el silbato triste de un tren lejano.)* No quiero decir que usted y yo... no. Usted recibirá a quien espera y yo me iré a algún lado. Mucha suerte.

*El Pasajero la saluda con el ala del sombrero. Ella pretende guardar silencio por lo que se acomoda en la parte más lejana de su banca y enciende un cigarrillo. Da dos bocanadas de humo y luego repara que no ofreció un cigarrillo a su silente compañero de espera.*

¡Perdón, no le ofrecí un cigarrillo! ¿Gusta uno? *(La anciana se incorpora y le ofrece la cajetilla. El Pasajero niega con la cabeza.)* Si desea que me calle, dígame, porque si no, hablaré y hablaré. *(No hay respuesta.)* ¿Seguro que no lo incomodo? *(El Pasajero niega.)* ¿Le gusta leer? *(El Pasajero asiente.)* ¿Mucho? *(El gesto del Pasajero expresa "medianamente." Ella continúa enfática.)* ¿Ha leído a "El Poeta"?<sup>5</sup> *(El hombre la mira sin expresión.)* Al poeta Octavio Paz. *(Silencio.)* Octavio... Paz... *(El Personaje niega.)* Bueno, ese poeta fue mi marido... pero no importa... ya nada importa, solamente mi hija Elenita *(señala el carrito de*

*Señor Quetzalcóatl*; el teatro latinoamericano, con obras que indagan los destinos de los veinte pueblos hispanos, en *El quinto viaje de Colón* y *Por las tierras de Colón*, y piezas que son una meditación sobre la existencia humana, como *Los herederos de Segismundo* —que es una continuación de *La vida es sueño*—, junto a *Felicidad instantánea*, *Obituario* y la comedia *Dramasutra*. Sus obras han sido presentadas en México, Estados Unidos, Francia, Argentina y Puerto Rico.

En 1995 recibió el Premio José Vasconcelos por sus aportaciones a la hispanidad. En 1995 le fue dado el Premio Nacional de Ensayo Alfonso Reyes, que otorga el Gobierno del Estado de Nuevo León y Conaculta. Es autor de varios libros de cuentos, *De falsos epitafios y otras muertes* y *Las niñas marinas*, de la novela *Mujeres del volcán de Tequila*, y de un ensayo de imaginación, *Elogio de la estupidez*.

*bebé*), la "Chatita," le decimos. (*Se incorpora y se aproxima al carrito y mira en su interior.*) Sigue dormidita. (*La arropa.*) La pobre niña ha viajado conmigo tantas veces. Recuerdo el largo viaje, primero en autobús y luego en varios trenes, de ciudad de México a Nueva York. Allí Gabriela Mora nos amparó en su casa. Íbamos sin dinero. No huíamos, pero sí nos perseguían. Era en los meses posteriores al 68, sabe, la matanza de estudiantes, ¿los recuerda? (*El Pasajero asiente.*) Esos días fueron terribles. Se metieron en mi casa y sacrificaron a mis gatos, y con su sangre escribieron palabras terribles en las paredes. ¡Amenazas de muerte!<sup>6</sup> (*El Pasajero asiente. Se escucha a la distancia el triste silbido de un tren.*) ¿Por qué asiente? (*Ademán de no saber una respuesta.*) Cuando yo dije eso, usted asintió como si ya lo supusiera. ¿Quién es usted? (*El Pasajero niega.*) Bueno, mejor será que me calle.

*El Pasajero no reacciona. La señora se dirige con resolución al extremo de su banca. Pasa un instante. El Pasajero se incorpora; un largo y elegante abrigo lo cubre del frío; se pone el sombrero y camina hacia el fondo de la escena.*

¡Octavio! (*El Pasajero se detiene sin volver la cabeza.*) ¡Octavio! (*Ella se incorpora perpleja.*) ¡Perdón, me confundí! Por un instante creí ver a mi esposo. Usted camina exactamente como él. ¿Me disculpa? (*El Pasajero asiente mientras permanece de espaldas. Elena se aproxima a El Pasajero y le observa el rostro.*) Usted no se le parece... fue el abrigo... o la forma de caminar. (*Repentinamente la anciana va al baúl, lo abre, saca una vieja fotografía sin que sus ojos nunca se posen en ella. Se acerca a El Pasajero.*) Mire, mire esta fotografía, es Octavio Paz. (*Sin ver la fotografía se la presenta a El Pasajero.*) "El Poeta." A mí ya él no me importa, pero no me he atrevido a verla desde hace años.<sup>7</sup> La cargo por la niña. Pasa tanto tiempo sin ver a su padre que se le puede olvidar cómo es su rostro. (*El Pasajero no ha visto la fotografía, sus ojos miran lateralmente al vacío. Repentinamente El Pasajero camina lateralmente cinco pasos y se detiene.*) ¡Por años no pagó la mesada! En cuanto a mí, he terminado de *clochard*, como se llama en Francia a los mendigos.<sup>8</sup> ¿No me cree? (*El Pasajero mueve la cabeza negativamente.*) Es la pura verdad. En Madrid estuve en la cárcel. Sí, como lo oye, en la cárcel. Dejamos de rentar un apartamento y yo me olvidé de devolver la llave al casero, y en Madrid hay una ley que obliga el pago hasta que no se entregue la llave. Pasaron meses. Me salvó el alcalde de Madrid (*Ríe sardónica.*) Él me conocía de mis buenos tiempos. Yo lo llamé desde los separos de la policía. Fue mi héroe, me devolvió mi libertad y él mismo llamó a El Poeta, imagínese, de Madrid a México para pedirle que



me pagara el alimonio. Me hubiera gustado verle la cara de disgusto cuando comprendió que la llamada del alcalde de Madrid no era precisamente para hacerle un homenaje.<sup>9</sup> (*Ríe paladeando nuevamente la venganza.*) En ese tiempo me querían quitar a Elenita. El ex presidente Díaz Ordaz convertido en embajador de México en España me dijo: "Señora, usted nunca regresará a México".<sup>10</sup> En París llegué a ver a otro ex presidente, a Echeverría, el culpable del 68, gozando de la Ciudad Luz desde el balcón del apartamento que le prestaba el gobierno mexicano, mientras yo vivía en una madriguera... *El futuro no existía y el pasado desaparecía poco a poco.*<sup>11</sup>

*El Pasajero estira sus brazos en señal de cansancio y regresa a su banca. Los ojos de Elena siguen con perplejidad sus pasos.*

Usted tiene una cadencia al caminar igual a la de él, con pasos de rumbo seguro. (*Elena regresa a su banca mientras prosigue hablando.*) Así como he vivido en madrigueras, también he vivido en lugares maravillosos. En un nido mientras viví con mis padres; de niña vivía recordando lo que no había visto ni oído nunca.<sup>12</sup> A ellos no les gustaba Octavio y ahora veo que tenían razón. Yo era una chica educada, hasta hablaba francés. Octavio era un tanto ordinario. Lo conocí en una fiesta familiar. Yo le enseñé modales, tantos que hasta lo aceptaron en el cuerpo diplomático. Así pasamos de pobres a vivir como millonarios. En París vivimos en una casa que había sido de Molière.<sup>13</sup> ¿Sabe quién fue Molière? (*El Pasajero niega.*) Ni para qué explicarle ahora, si llegó a su edad sin saber quién fue Molière y quién es Octavio Paz, pues no hay forma de redimirlo. Que no supiera quién soy, es perdonable. Por cierto, no me he presentado. Soy Elena Garro. (*El Pasajero se pone de pie, se acerca a Elena y le estrecha la mano.*) ¿Y usted cómo se llama? (*El Pasajero levanta los hombros como si lo ignorara.*) ¡No me diga más! ¡Ya comprendí! Usted prefiere el anonimato para así poder contarme su vida sin sentir inseguridad después. ¿Vio la película *Extraños en un tren*? ¿La película de Alfred Hitchcock?... (*El Pasajero niega con la cabeza.*) Era un buen *film*. Creo que no tendrá ganas que le cuente la película.

*El Pasajero niega de nuevo. Pausa silente de ambos personajes. Ella va al carrito y arroja a la bebé con cariño.*

Pobre de la Chatita, qué perra vida le ha tocado vivir... Está refrescando... Va a caer una tarde fría. Voy a ponerle otra frazada a la niña. (*Va al baúl, lo abre y*

*saca una cobija infantil y con ella cubre el carrito de manera que cuelgue hacia afuera.) Ya me dio frío a mí también.*

*Va al baúl, saca un elegante abrigo de pieles, se lo pone y camina como la gran dama que fue. El Pasajero observa el abrigo con perspicacia.*

¡Ah, le leí los ojos! Está pensando cómo una *clochard* posee un abrigo de pieles como éste. Cuando estábamos muy pobres en España, lo quise empeñar, pero hay una ley que prohíbe a los pobres empeñar sus abrigos en los crudos inviernos.<sup>14</sup> (*El Pasajero regresa su rostro hacia el vacío posterior de la escena. Elena sonrío y se sienta sobre el baúl. Después de un instante.*) Esta estación ya no es la de antes. Ni llegan trenes, ni se van.

*Se acerca con pasos indecisos a El Pasajero. Lo mira de reojo y continúa varios pasos y lo vuelve a mirar. El Pasajero no reacciona y su figura está petrificada.*

Cuando quiera comenzar a contarme su historia, yo me callo, porque soy mujer escuchadora más que conversadora. Las horas que escuché a Octavio. En nuestro viaje a España en 1937, Octavio estaba más dispuesto a hablar que a cumplir con asiduidad sus deberes de recién casado.<sup>15</sup> Arriba de todo y de todos, tenía que llegar a ser El Poeta. Yo escribí un diario en España, pero no lo publiqué completo, le suprimí algunas partes, pero un lector inteligente podrá leer entre líneas... Le voy a confiar algo. (*El Pasajero da un paso alejándose.*) Octavio llegó a escribirme un poema erótico, es de lo mejor de su poesía, pero le aseguro que primero fue el poema, que la gestación de nuestra hija. (*Mira a El Pasajero.*) Me parece que ya dejó de escucharme. Ya lo debo haber cansado. (*Sin reacción.*) Los hombres siempre se cansan de las mujeres. Octavio pretendió olvidarse de mí como de un mal sueño, pero yo he de recordarle que fui su mujer todos los días de su vida. Primero fingí tener amantes pero no era celoso, después me inicié como escritora para llamarle la atención, obritas de teatro que fueron un éxito. La calificaban de Poesía en Voz Alta, a mi obra, ¿qué pensaría El Poeta?, que era poesía en voz baja. Después escribí algunos cuentos, luego vino *Recuerdos del porvenir*, una novela.

*Pregunta con autoridad y con enfado a El Pasajero.*

¿Ha leído alguna novela? (*El Pasajero niega. Elena pierde la paciencia.*) ¿Qué hace para matar el tiempo?... ¿Va al cine? (*Meneo de cabeza.*) ¿Juega algún



deporte? (*Negación.*) ¡Ay, ya sé, le gusta la lucha libre cuerpo a cuerpo! (*El Pasajero aprueba y Elena se sorprende.*) ¡El luchador, claro! (*El Pasajero ríe silente.*) No tiene cuerpo de luchador, más parece un embajador, embajador de un país extranjero. (*El Pasajero asiente con certeza.*) ¡Así que luchador y en tiempo libres embajador! (*Asiente.*) ¡Ah, ya caigo, no habla porque no sabe hablar castellano! (*El Pasajero no responde.*) ¡Qué lindura, contarle mi vida al embajador de Nínive! ¿De qué país es embajador? (*El Pasajero señala hacia arriba con un amplio ademán.*) ¿Los países nórdicos? (*Niega y señala hacia abajo.*) ¿El Mediterráneo? (*Movimiento negativo de cabeza; ella pregunta con expresión de asco.*) ¿África? (*Nueva negación.*) ¡Uff, pensé que era africano como la Argelina! Bueno, usted no sabe quién es la Argelina, ni tiene por qué saberlo: fue la razón de mi divorcio, por muy francesa que se crea nació en Argel. Yo soy más europea que ella. Cuando el terremoto de la ciudad de México en 1985, cuando todos pensamos que Octavio había muerto, la familia de la Argelina congeló las cuentas bancarias del poeta. ¡Qué asco!<sup>16</sup>

*El Pasajero no reacciona. Con determinación abre el baúl.*

¿No tiene nada que responder?... ¿Ni un sí ni un no?... (*Negación.*) ¡O habla o se larg... se va a otro andén. Éste es para los suicidas, aquí venimos los que deseamos la muerte! (*Se escucha el silbido tristísimo de un tren lejano.*) Yo ya me cansé de monologar.

*El Pasajero se pone de pie, ve la hora en su reloj y, por primera vez, se le nota nervioso.*

¡Ah, está usted indeciso entre subirse a un tren o tirarse bajo sus ruedas! (*Ríe sarcástica. El Pasajero se detiene y queda inmóvil.*) Aquí en este baúl está una obra mía de teatro que crea esta situación. Primer acto: él huye del conflicto y abandona su casa. Segundo acto: en la estación del tren duda si suicidarse o partir. Al final parte. Tercer acto: Cansado de viajar por la vida, él descubre que le parece familiar una estación, se baja y llega a una calle conocida, un *deja vu*, mira con presentimientos una casa, empuja la puerta y descubre que ahí dentro siguen discutiendo lo mismo que discutían el día que decidió abandonar su hogar. ¿Le gustó mi obra de teatro?<sup>17</sup> (*La pregunta sonó agresiva; El Pasajero afirma lentamente.*) ¿Mucho? (*El ademán de El Pasajero aprueba sin conceder.*) Cuando la monté tuve que censurarla yo misma,

en vez del conflicto entre él y ella, puse a dos hermanos varones. Claro que la puesta no gustó. ¿Me entiende? ¡Yo nunca he querido hacerle daño a El Poeta! Por eso cambié el nombre del personaje de *Testimonio sobre Mariana*, en vez de Octavio, le puse Augusto, y en vez de poeta el personaje masculino fue arqueólogo, todo por salvarlo a él. Pensé en la arqueología porque él amaba tanto la poesía provenzal, la primera poesía después del mundo clásico. ¡Eso es arqueología poética!<sup>18</sup>

*El Personaje se adelanta y le solicita el manuscrito que tiene en las manos. Ella lo defiende.*

¡No quiero que nadie vea mis manuscritos! Son míos... aunque también son de él. Yo le di a leer mi primera novela, *Los recuerdos del porvenir*, y él me dijo que no valía nada, y tiró el manuscrito al fuego de nuestra chimenea. Elenita era una niña y sacó los papeles chamuscados con uno de esos ganchos de chimenea... Este manuscrito debe ser purificado por el fuego. Me gustaría quemarlo hasta hacerlo cenizas. ¡Quemar todos mis baúles que han guardado mis obras! Este baúl y los que dejé en España y en Francia... Quemar(nos) todos en una pira colectiva. (*Pasa instantáneamente a un tono cotidiano.*) Necesito un fósforo. (*Rebusca en el baúl y nada encuentra.*) No hay. (*El Pasajero saca un encendedor, activa una gran llama y se lo ofrece a la anciana.*) ¿Sabe qué voy a hacer? (*El Pasajero niega.*) ¡Quemar la foto de El Poeta! Tengo que acabar con ella, pero sin verla, no le puedo mirar a los ojos, son como los de Medusa. (*Toma la foto que había quedado sobre la banca.*) La única forma de matar a Medusa era sin verle los ojos. Si te encontrabas con su mirada, era tu muerte. (*Un tren aúlla con un silbido lejano.*) Deme el encendedor. (*Lo toma e inicia el rito de la incineración.*) Si lo miro, estoy muerta. (*Coloca la foto sobre la llama.*) Es inútil, el cartón es muy grueso y el fuego no enciende. Ahora sí está mal el asunto, ni puedo incinerar a El Poeta, ni me atrevo a mirarlo. Ganas he tenido de pincharle los ojos como en los ritos vudú, pero cuando lo deseo, no tengo alfileres...<sup>19</sup>

Sólo una vez volví a hablar con él. Llamó a la embajada de México en París, allí la Chata trabajaba de telefonista, excelente trabajo para la hija del mejor poeta nacional. A veces yo me divertía en el conmutador. Escuché su voz en el auricular, la reconocí al instante, era él... fingí ser Elenita y hasta lo cité en un restaurante que sabía que a ambos les gustaba.<sup>20</sup> Nunca sabré si él descubrió mi broma, pero su voz permaneció en el laberinto de mi conciencia por



meses... Cuando nadie hablaba, volvía a escuchar sus palabras... ¡Ah, ya sé, la voy a romper! (*Lo intenta sin lograrlo.*) ¡Ayúdeme, quiere!

*El Pasajero se acerca a Elena, toma la foto, la mira sin miedo, intenta romperla, pero a pesar de los esfuerzos que hace, no lo logra. Ella le quita la foto. El Pasajero va hasta su lugar en la banca, se sienta por unos instantes, para luego incorporarse y salir lateralmente de escena con pasos lentísimos. Elena no nota el mutis del silente Pasajero.*

Bueno, lo dejaré para otro día. (*Abre el baúl y coloca en una de sus paredes la foto. Descubre un objeto dentro, lo toma y lo muestra.*) ¡Mire lo que me encontré! La muñeca ucraniana que me dio un militar ruso en la guerra de España. ¿Qué sería de él?, moreno de piel y de ojos color cerveza. Si no murió en esa guerra, debió caer en la segunda guerra mundial. Era un soldadito de plomo y se enamoró de mí, me quería llevar a Rusia, y yo de recién casada.<sup>21</sup> ¡Imagínese usted!

*Deja con cariño el osito dentro del baúl. Mira dentro y descubre otro objeto querido.*

¿Sabe cuál es mi recuerdo favorito? El uniforme de militar de mi padre, con paño rojo y botonadura dorada. (*Lo saca y con él se acaricia la mejilla.*) ¡Qué gallardo se veía! Era el hombre más maravilloso que he conocido en la vida. Lo recuerdo en su caja de muerte.<sup>22</sup> (*Silbido lamentoso.*) Elenita no llegó a conocerlo... Se da cuenta, hace horas que la niña no llora, ni pide su biberón... (*Mira hacia donde cree está El Pasajero y descubre que no está. Se aproxima al carrito infantil, quita la cobija y descubre que la bebé ha desaparecido o nunca había estado en el carrito.*) ¡Elenita! ¡Mi hija no está! Me la han robado.

*Mira hacia El Pasajero con expresión de angustia, entre pensándolo culpable y pidiéndole su auxilio; nota que éste ha desaparecido.*

¡Él me la robó! (*Va hasta la banca de El Pasajero, lleva arrastrando una cobija infantil.*) ¡Por eso no me contestaba!... Partió hacia su propio destino. También se fue El Pasajero, se fueron todos... Ya no hay trenes, ni para partir ni para tirarse...<sup>23</sup>

*(Va hasta el frente del escenario.) ¡Maldito poeta, no me diste la fórmula para exorcizarme de tu maléfica presencia! (Se escucha el ruido de un tren que se*

*aproxima por la parte lateral izquierda, el sonido aumenta hasta que llega a la escena y pasa para perderse por la derecha. Elena mira venir el tren por la izquierda, se adelanta hasta el borde del escenario y cuando el sonido esté en su volumen máximo, da un paso hacia atrás y ve cómo el tren se aleja en su rápida carrera.)*

Ya volvieron los trenes... alguno parará. Siempre habrá una madriguera donde refugiarse. La madriguera la forman otros animales y la abandonan por inhóspita y luego llega uno... Los nidos se construyen con amor, pero yo nunca supe cómo construir un nido para mí... La suma de mis madrigueras fue mi laberinto. ¿Cuándo podré llegar al pedazo de playa que me corresponde y ver desde allí la inmensidad del mar? Todo lo que he tenido han sido madrigueras inhóspitas hasta para mis gatos... *(Sigue con gran fuerza.)* ¡Octavio Paz, yo te conjuro para que te alejes de mí para siempre! ¡Déjame construir un nido que me conduzca al mar!

*La respiración que había ido agitándose durante el parlamento, llega a ser sosegada. Elena se siente transformada en ese instante y no sabe cómo explicar su cambio interior. El Pasajero regresa por entre el público. Elena nota su aparición. Lo mira con ternura y lo sigue con su mirada hasta que éste se sienta en su banca. Elena presiente algo, se acerca lentamente a El Pasajero, cuando éste ve que la anciana está cerca, se incorpora de manera que el público pueda ver su expresión facial y las lágrimas que le corren por el rostro. Por primera vez habla El Pasajero.*

EL PASAJERO

En la televisión de la estación dijeron que murió Octavio Paz, premio Nobel... Lo siento mucho.<sup>24</sup>

*La voz de El Pasajero es la más triste que hemos oído en la vida. El Pasajero la mira desconsolado y, al no ver reacción emocional de Elena, se deja caer en la banca de Elena; se cubre el rostro con las manos.*

ELENA<sup>25</sup>

Por eso sentí hace un momento una gran paz... Voló... Se me adelantó. ¿A dónde iría? Nunca oí que mencionara la palabra Dios, al menos como yo la paladeo. Si ya se fue él, poco tiempo me queda. Pobre Elenita, quedará doblemente huérfana. Voy a recordar el porvenir... a hacerme estatua de piedra. *(Con decisión va al baúl y saca la foto del poeta. Ahora puede mirarla sin temor.)* He vuelto a mirar al poeta sin sentir pavor. *(Pone la foto sobre sus labios.)* ¡Hasta



puedo besarla! Él nunca quiso destruir mi novela... fui yo quien la arrojó al fuego porque no quería mortificarlo, pero Elenita salvó el manuscrito.

De pocos tengo que despedirme, de mis gatos, de mi viejísima máquina de escribir... (*sigue con la voz cortada*) de mi hija, mi Chatita. Yo siempre la llevé conmigo como si fuera una niña, aun cuando no estaba conmigo, era como si la llevara siempre en su carrito de infancia. Ahora tendrá que aprender a vivir sola. (*Suspira.*) ¡Nunca una madre y una hija vivieron una relación cordial tan cercana, ni siquiera en la Biblia!

*Elena mira hacia el carrito infantil, hace una señal mágica y con el índice ordena que el nidito infantil parta. En efecto, el vehículo infantil se desplaza lateralmente sin tracción aparente; mientras hace mutis, se escucha un llanto infantil. Elena llora.*

¡Adiós, Elenita! Sé lo poquito de feliz que se puede ser en esta madriguera que llamamos tierra. (*Luego, mira con determinación a El Pasajero.*) Estoy lista, partamos.

*El Pasajero, ahora convertido en Caronte, lentamente se incorpora, se quita el sombrero y muestra el rostro. Elena y el público constatan que su rostro es el de la Muerte. Se oye nuevamente el tristísimo silbo de un tren en la lejanía.*

¡La Muerte no existe... sólo los recuerdos del porvenir! ¡Vamos, andariego, llévame a tus playas del lago Estigia, aquél que los antiguos creían que separaba la vida de la muerte!

*Silbo de tren lejano. El Pasajero toma a Elena del brazo y, como el embajador que es, la conduce paso a paso, por entre el público, al país de los muertos.*

Ya veo el final del camino, no más madrigueras, ni laberintos. ¡De ahora en adelante sólo tendré un nido abierto a la playa y al mar eterno!... Ya no siento que me desgarró por dentro porque he aprendido a perdonar... Por fin he llegado a mi *hogar sólido*.<sup>26</sup>

*Oscuro paulatino final bañado por las armonías esperanzadoras de Pie Jesus, del Requiem opus 48, de Gabriel Faurè.*

NOTAS

- 4 El nombre original de la pieza fue *Parada Empresa*, nombre de la parada del tranvía que llevaba al novio Octavio a ver a la joven Elena. Al hacer el montaje, Elena cambió el nombre a *Parada San Ángel*. En alguna conversación nuestra, confundí el título con *Destino Providencia* y me comentó la autora que este nombre le parecía más adecuado.
- 5 Así llamaba a veces Elena Garro a Octavio Paz. Siempre me preguntaba, "¿has visto a El Poeta?"
- 6 La historia de la hégira de Elena Garro a Nueva York está suficientemente documentada. Siempre le guardó agradecimiento a Gabriela Mora por haber dado cobijo a Elena Garro y su hija. Recuerdo que me contó que en uno de esos cuentos de *Andamos huyendo Lola*, Gabriela y su marido son personajes.
- 7 Anécdota producto de mi imaginación.
- 8 Carta de Elena Garro al autor.
- 9 Anécdota que me contó Elena Garro. Conviene anotar que no llegó a ir a la cárcel, como ella decía sonriendo, sino sólo a los separos de la policía de Madrid. El alcalde mencionado es don Enrique Tierno Galván.
- 10 Bien es sabido este comentario que repitió Elena Garro en múltiples ocasiones, a mí me lo contó dos veces.
- 11 *Recuerdos del porvenir*, segunda parte.
- 12 *Recuerdos del porvenir*, cap. III.
- 13 De labios de Elena Garro escuché cómo conoció a Octavio y los comentarios que incluyo.
- 14 Esta anécdota recupera un comentario que Elena Garro hizo al abandonar la casa de Juan Soriano el día que la conocí, a fines de 1981; recuerdo que leyó en mis ojos la duda de aceptar la letanía de pobreza ante la elegancia del saco de pieles.
- 15 El matrimonio fue el 25 de mayo de 1937.
- 16 Escuché el epíteto de "Argelina" para la segunda esposa de Octavio Paz de labios de Elena Garro, así como el comentario sobre las cuentas bancarias; ambos puntos fueron corroborados por Elenita Paz.
- 17 Ésta y otras de mis conversaciones con Elena Garro están publicadas, ver Lady Rojas-Tempre, "Elena Garro dialoga sobre su teatro con Guillermo Schmidhuber" (Revista *Iberoamericana* 55 1989): 685-90; y "Elena Garro y Guillermo Schmidhuber: Dos escritores mexicanos dialogan sobre su teatro" *Lyra* (2.1-2 1988) 6-9.
- 18 Me lo dijo Elena Garro entre risas.
- 19 Fantasías del autor.
- 20 Escuché la anécdota de labios de Elena Garro en París, a pocos días de que sucediera.
- 21 Elena Garro, *Memorias de España 1937* (México: Siglo XXI) 100.
- 22 Conversación con Elena Garro.
- 23 EG tuvo un miedo constante de perder a su hija, por exigencias migratorias o por otras razones, unas veces con fundamento y otras como resultado de su delirio de persecución.
- 24 La muerte de Octavio Paz fue el 31 de marzo de 1998.
- 25 La reacción a la muerte de Octavio es producto de mi imaginación, aunque parte de las entrevistas finales de Elena, en las que mostró gran serenidad: "Se me adelantó", dijo en su última entrevista.
- 26 La muerte de Elena Garro fue el sábado 22 de agosto de 1998. Huelga decir que "un hogar sólido" es el título de una de sus piezas teatrales y tiene en esa pieza el significado de una tumba.

RESEÑA GRÁFICA DE LA OBRA *HEDDA GABLER*



RESEÑA GRÁFICA DE LA OBRA *CUATRO BAILES*



